

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

Separata del libro:

**“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”**

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

C/. Velázquez, 88

Tel. 91. 435 41 45

ROMA – 00149

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 06.551 46 44

E-mail: [informa@laobradelaiglesia.org](mailto:informa@laobradelaiglesia.org)

## **EL GRAN MOMENTO DE LA CONSAGRACIÓN**

¡Oh, si yo fuera sacerdote...! ¡Ungido, escogido y predestinado para ser, con Cristo, sacerdote, mediador que ofrece y se ofrece a la Santidad infinita, para gloria de esa misma Santidad eterna y salvación de las almas...!

¡Oh, si yo fuera sacerdote...! Éste ha sido el sueño que, durante toda mi vida, ha llenado totalmente mi alma de hija de la Iglesia, enamorada del Sumo y Eterno Sacerdote.

¡Oh, si yo hubiera tenido ese gran privilegio...! Si mi alma hubiera recibido de Dios el don incalculable de ser sacerdote... Si yo hubiera escuchado sobre mí estas palabras: “Tú eres sacerdote eterno...” Si la unción sagrada hubiera esparcido sobre mi pobre ser su aroma suavísimo...

¡Oh...! ¡Sueños de mujer...! Sueños que, elevados hasta el pecho de la Trinidad, hoy me hacen

gritar, como himno de deseo, ante la necesidad urgente, terrible y tremenda que experimento en mí de ser glorificación para el Infinito: ¡Oh, si yo fuera sacerdote...!

Ahora, aun después de tantos años de vida espiritual, de haberme ahondado en el misterio de la Trinidad, desde allí, ante su contemplación excelsa, toda mi alma, en la verdad terrible de la Divinidad, sintiendo necesidad urgente de glorificar a Dios lo más pura y perfectamente que puede, grita: ¡Oh, si yo fuera sacerdote y te pudiera coger entre mis manos unguidas para poderte ofrecer...!

¡Sueños de mujer que sueña cosas que no pueden ser...!

Dar gloria a Dios es como un himno perenne que se escapa de mi *alma-Iglesia*. Ser toda yo una glorificación del Infinito Amor es la necesidad más terrible que Dios ha puesto en mi pobre ser.

¡Oh, si yo fuera sacerdote...! ¡Si yo pudiera celebrar mi Misa...! Si me fuera dado acercarme al altar de Dios, e introducirme con mis vestiduras sagradas en el *Sancta-Sanctorum* del misterio divino, donde el alma enamorada encuentra todo su gozo y su alegría, porque en él ofrece y se ofrece, dándose al Dios Trino en entrega total, al Santo que, en victimación incruenta, da a Dios todo honor y gloria...!

Si yo fuera sacerdote y cogiera en mis manos la blanca hostia que habría de consagrar para gloria de Dios y de todas las almas, todo mi ser

se pondría en manos del Sacerdote Eterno, para que Él me utilizara según su voluntad; y yo me retornaría al Don divino en don de entrega incondicional, como víctima que necesita ser comida para la gloria perenne de la Trinidad y bien de todos los hombres.

¡Oh...! En el momento del ofrecimiento, de la donación, ¡toda mi vida en manos de mi Eterno Sacerdote, sin miedo, en entrega total a su voluntad amorosa!; ¡todo mi ser en la patena, preparándose para la consagración donde, unida con Cristo, sería, con Él, Cristo que daría al Padre todo honor y gloria!

¡Oh momento del ofertorio en el que yo diría al Amor divino requiebros de amor, siendo respuesta amorosa a su Don, a ese Don que Dios, a través mía, querría comunicar a todas mis almas...!

¡Si yo fuera sacerdote y pudiera ofrecer mi hostia al Padre y el cáliz de la salud...! Éste sería el momento de la entrega al Amor Infinito, y momento también de ser recibida por el Sacerdote Eterno: “Recibe, oh Padre Santo, esta hostia inmaculada” y este cáliz, y, con él, recibe todo mi ser en respuesta de amor a tu Don.

¡Si yo fuera sacerdote y pudiera decir al Amor: Recibe, oh Padre, a tu sacerdote con tu Eterno y Sumo Sacerdote para que, siendo los dos uno ante tu acatamiento, eleven ante tu altar perfumes

de incienso y holocaustos aceptos que sean, ante ti, una alabanza de tu gloria y para tu gloria...!

¡Oh, si yo fuera sacerdote...! ¡Qué requiebros de amor para mi Hostia, respondiendo a la predilección del Eterno...! Toda mi vida sería una preparación para mi Misa y una acción de gracias de ella.

¡Cómo vibraría mi alma al acercarse ese Gran Momento de la Consagración...!, ¡el gran momento de mi vida...! Sí, éste sería el gran momento de mi vida sacerdotal; el Momento de la Consagración, en el cual la criatura, sintiéndose elevada a la dignidad de sacerdote, experimenta que es el escogido, el ungido, el confidente, y el que tiene en sus manos consagradas, por vocación divina, el poder de dar a Dios la gloria máxima que en el Cielo y en la tierra se le puede dar.

¿Dónde están los ángeles para que le den a Dios la gloria que le da el sacerdote de Cristo? ¿Dónde hay criatura creada que sea levantada a la dignidad terrible de hacer bajar de los cielos al Dios vivo? ¿Cuándo se vio a toda la corte celestial postrada, rostro en tierra, en espera sorprendente, adorando este momento terrible, en el cual tú, sacerdote, pronuncias sobre ese pedacito de pan las palabras de Consagración y de vida que hacen al mismo Dios intocable correr

presuroso, ante tu mandato, a meterse en aquella hostia blanca para ser ofrecido por ti ante la inmensidad de la Majestad divina?

¿Cuándo pudiste soñar, oh hombre, en ser tú, pequeñito e imperfecto, lleno de miserias y aun de pecados, el que tuviera a todo el Cielo esperando ese momento, ¡ese gran momento!, en el cual el seno del Padre se abra para darte su Verbo, Verbo que tú tendrás en tus manos para que le trates según te plazca? Hombrecito, ¿no mueres de pavor ante tu gran momento? ¿Te diste cuenta alguna vez de esta realidad de la consagración?

¡Ay sacerdote de Cristo, padre de mi alma e hijo mío...! ¡Si yo fuera sacerdote y pudiera tener al Verbo de la Vida en mis manos consagradas y pudiera decirle todos mis requiebros de amor, retornándome a su Don infinito con mi don...! ¡Si yo hubiera podido tener esta gran dignidad de poder llevar y traer al Dios del cielo, de lograr que, ante mi voz imperiosa, toda la corte celestial hubiera contemplado a la Majestad infinita descendiendo hacia mí...!

¡Ay sacerdote de Cristo, si mi pobre ser se hubiera visto alguna vez con esa hostia blanca en sus manos, y hubiera podido pronunciar sobre ella las palabras que el mismo Cristo pronunció la noche de la cena y que hubieran hecho descender a la Santidad Infinita a mi llamamiento, para ser ofrecida por mí al Padre, como himno supremo de alabanza infinita de su gloria...! ¡Si

yo hubiera podido ser tan Cristo como tú, que no hubiera necesitado más que pronunciar esas divinas palabras para convertir un pedacito de pan en el Verbo de la Vida...!

¿De dónde a ti que, ante tu voz, todos los cielos se postren y el mismo Dios obedezca a tu mandato? ¿Quién eres tú y a qué dignidad te ha levantado el Altísimo, que puedes decir en derecho de propiedad: “Esto es mi Cuerpo”? Palabras que han sido puestas por Dios en tu boca para que tú puedas arrancar así, del pecho divino de la Trinidad, a la segunda Persona y traerla a la tierra. ¿Cuándo pensaste hacer tal milagro que el pan y el vino se convirtieran, ante tu voz de hombre pecador, en el Cuerpo y la Sangre del Verbo Encarnado?

¡Oh...! Si yo hubiera sido sacerdote, tal vez no hubiera podido celebrar más que una Misa. Quizá, a mi alma pequeñina e imperfecta, no le hubiera quedado lugar a más, ya que todo mi ser se hubiera retornado al Infinito en respuesta amorosa a su Don. Y, ante este Don trascendente a tu alma de sacerdote, ¿qué respuesta puedes dar sino tu misma vida en oblación y destrucción total del “yo”?

Si yo hubiera sido sacerdote, tal vez sólo hubiera habido para mí un Gran Momento; porque, pasado éste, mi alma habría atravesado los límites de la Eternidad. No sé si mi don hubiera podido ser menos que la destrucción de mi ser que, en respuesta amorosa, necesitaba responder al Infinito.

Si yo hubiera sido sacerdote y hubiera tenido la Hostia inmaculada entre mis manos y hubiera podido levantarla en alto para mostrarla a mis hermanos, ¡oh, qué requiebros de amor...!, ¡qué respuesta...! ¡Toda mi alma, un beso para besar al Infinito ante su abajamiento hacia mí! Postrada y anonadada, ¡cómo se retornaría a este Don terrible que incondicionalmente se me daba...!

Mi vida entera de sacerdote sería un ofrecimiento de víctima a la Víctima inmaculada, que se ponía en mis manos para ofrecerse al Padre, y en este momento, ¡el terrible momento de mi vida!, ante mi pequeñez y el gran misterio que por mí se obraba, yo sería un requiebro de amor, una donación de entrega, una adoración incesante en respuesta a su Don.

¡Ay sacerdote...! Aprovéchate de tu Hostia, quiérela, ámala. No desperdicies este terrible Momento de la Consagración. Date al Infinito sin miedo; ponte en sus manos para que te utilice según su voluntad; sé todo tú un sí al Amor eterno que tan incondicionalmente se te entrega. Es el gran momento de tu vida, tal vez el último... ¿Sabes si mañana volverás a consagrar tu Hostia? ¡Es el gran momento de responder al Amor con tu don!

Sacerdote de Cristo, en este instante terrible de la Consagración, ¡atento!, ¡activa tu fe!, ¡aviva tu esperanza!, ¡afirma tu amor! y contempla en un gran silencio, en una profunda adoración...



¡que está para abrirse de un momento a otro el seno de la Trinidad Inmutable que, en actividad infinita, se es tres divinas Personas! Y en ese mismo instante el Padre está, en un recato indecible de Virginidad eterna, dando a luz al eterno *Oriens*. [...]

¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Que está engendrando el Padre su divina Palabra para dártela a ti, sacerdote de Cristo...!

¡Silencio...! ¡Contempla cómo, en este instante, el seno del Padre se abre en un engendrar eterno de amor infinito, y en ese mismo instante sublime de virginidad intocable y de santidad eterna, el Padre está engendrando a su Verbo para ti...!, ¡para ti...! Es la respuesta del Padre a tu palabra de sacerdote, ungido para ser ante Él mediador entre el Cielo y la tierra.

¡Oh palabras terribles las del sacerdote...! Sacerdote de Cristo, en el momento que tú pronuncias las palabras de la consagración, el seno del Padre se abre engendrando a su Verbo para ti y te lo da en el amor del Espíritu Santo. ¡Toda la Trinidad está inclinada hacia ti, y ante tu palabra, el Padre responde con su Palabra infinita a tu llamamiento, y como don, te da a su Verbo, en el amor eterno del Espíritu Santo! [...]

¡Silencio...! ¡Adoración...!

¡Están las tres divinas Personas inclinadas sobre ti...!

¡Oh [...] el Momento terrible de la Consagración...!; ese instante-instante de respeto indecible..., de majestad soberana..., de adoración profunda..., en el cual toda la Trinidad está inclinada sobre el sacerdote pequeño para darle su Don.

El Padre le da su Verbo. El Espíritu Santo se lo entrega en unión con el Padre, como donación de amor. El Verbo, presuroso y contento, se hace Pan...

¡Oh sacerdote del Nuevo Testamento...! Toda la Trinidad infinita acude a tu palabra y se inclina favorable hacia ti para dársete. ¡Pero toda la Trinidad, en actitud amorosa, te pide tu respuesta a este gran momento de su Don! [...]

Estoy viendo a la Trinidad en su majestad soberana inclinada sobre el sacerdote, y a éste ¡tan pequeñín ante la majestad inmensa de la terribilidad de Dios...! Al verlo tan inconsciente, siento compasión de él y una gran necesidad de ayudarle.

¡Ay sacerdote de Cristo, pequeñito ante el gran misterio de la Trinidad...!

¡Ay sacerdote de Cristo, cómo te veo...! ¡Pero qué pequeñito eres ante este gran misterio de la Santa Misa...!

¡Ay sacerdote de Cristo...! ¡Pobrecito! ¡Qué pequeñín ante la terribilidad terrible de la Trinidad, a pesar de ser tan excelsa tu dignidad...!

¡Ay...! ¡Pobrecito sacerdote, hijo mío y padre de mi alma...! ¡Pero qué pequeñín ante la terribilidad terrible del serse del Ser, que se te da en Don y te pide tu respuesta...!

¡Pobrecito...! ¡Cómo te veo ante la contemplación del Intocable, que, en la esplendidez de su majestad eterna, desde las alturas, espera tu palabra para abajarse, en el milagro más sorprendente que la mente del hombre pudiera vislumbrar...!

Te veo tan pequeñito... ¡y clamando con voz potente por la fuerza que la unción sagrada dio a tu palabra, capaz de abrir el *Sancta Sanctorum* de la Trinidad, descorriendo el velo del Templo para pedirle que pronuncie su Palabra para ti, realizándose, por esta palabra tuya, como un nuevo misterio de la Encarnación...!

¿Qué eres tú, hombrecito...? ¡Ay sacerdote de Cristo...! ¡Ay...! ¡Ay hijo mío! ¡Pobrecito...!

Estoy llorando de anonadación, de respeto, de amor y pavor ante esta realidad terrible que mi alma contempla.

¡Ay, si yo fuera sacerdote...! ¡En este momento moriría...! Aún no sé si, por verlo, podré vivir.

¡Ay sacerdote de Cristo, pobrecito...! ¡Responde como puedas al Amor...!

¡Ay, sacerdote de Cristo, ¡responde...!, ¡responde a la Trinidad que se te da en Don, como sepas, como puedas!

¡Qué pequeño eres ante la terribilidad terrible del Momento de la Consagración...! [...]

¡Ay el Santo Padre...! Con ser el Santo Padre, Juan XXIII, ¡ay, qué pequeño ante el Momento terrible de la Consagración...!

¡Ay, hijo mío!; ¡responde...!, ¡responde...! ¡Responde a la Trinidad que se te da en Don, como puedas! Adora, ama, póstrate rostro en tierra... [...]

¡La adorable Trinidad, inclinada sobre el sacerdote del Nuevo Testamento en el Momento de la Consagración...! Y ¡qué terrible...!, ¡qué terrible...!

Voy a morir de amor y dolor... Mi alma sólo puede llorar en silencio.

¡Gracias, Amor...!, ¡gracias, Amor...!, ¡gracias, Amor, porque no me has hecho sacerdote...!

¡Ahora comprendo por qué no me has hecho sacerdote! ¡Ahora comprendo...!

No tengo gracia para ser sacerdote. Por eso siento que me muero ante la terribilidad del Gran Momento de la Consagración.

¡Ay...! ¡Gracias, Amor, gracias...! ¡Gracias porque no me has hecho sacerdote! ¡Qué bien comprendo a San Francisco de Asís...!

El Dios terrible, de Majestad soberana, inclinado... ¡inclinado...!

¡Toda la Majestad infinita del Ser, inclinada sobre el sacerdote...! No postrada, ¡no!; inclinada... No en adoración, ¡no!; en derramamiento sobre él...

¡Toda la Trinidad esperando, sacerdote de Cristo, pequeñín, tu gran palabra para venir a ti...!

Toda la Trinidad esperando que tú pronuncies tu palabra para derramarse sobre ti en el Verbo. ¡Esperando para hacerse, el Verbo de la Vida, Pan...!

¡Toda la Trinidad, ante tu mandato, presurosa, obedece...!

¡Ay sacerdote, sacerdote...! ¿Qué te hizo Dios al ungirte sacerdote...? Ya sé que no lo pensaste mucho el día de tu ordenación.

Pero ahora yo te digo: ¡mira que eres sacerdote de Cristo...! Hijo mío, sé pequeño. ¡Por amor de Dios!, sé pequeño para que, ante tu pequeñez, el Amor Infinito se complazca.

¡Te veo tan pequeño..., tan nada...!, ¡y eres tan sublime ante el acatamiento de la Trinidad...!

Responde como puedas, arrójate en tierra, adora, llora, ¡muérete, si no sabes cómo responder!

¡Qué terrible es ser sacerdote...! ¡Pobrecito...!

Responde, hijo mío, siendo pequeño. Arrójate en brazos de la Santidad infinita, adórala. Besa ese punto del engendrar divino, que todas las mañanas se abre para ti en la consagración.

Eres tú, sacerdote de Cristo, el llamado por vocación divina a entrar en este *Sancta Sanctorum*

de la Trinidad. Eres tú el que tienes que meterte dentro del seno de la Trinidad y besar ese instante-instante de engendrar el Padre a su Verbo para ti, besando con el Espíritu Santo a ese mismo Verbo que sale presuroso ante tu palabra.

Anda, sacerdote de Cristo; ante la terribilidad terrible de este gran misterio, arrójate en brazos de tu Padre Dios, y, lleno de confianza, espera, confía en el amor infinito que la Trinidad te tiene.

Dios no te hizo sacerdote para condenarte, no; sino para que le glorificaras y para salvar a las almas por tu medio.

Tienes en tus manos al Dios terrible de majestad soberana, y tienes en tus manos la salvación del género humano.

Mira, escucha lo que te digo: Si, ante tu voz, el Padre abre su seno y te da a su Verbo en el amor del Espíritu Santo, y las tres divinas Personas de conjunto se entregan incondicionalmente a ti, ¿habrá algo que tú le pidas que no te sea concedido?

Si tú ejerces tu sacerdocio haciéndote pequeño, y el mismo Dios se te da así, ¿habrá algo superior a Él mismo que no pueda dársete?

Si no consigues de Dios todo lo que le pides, será porque no se lo pides, o porque tu palabra no es tan eficaz como la de la consagración. Si tu oración no es escuchada, no es porque Dios no responda a tu palabra, sino porque tu palabra no es según Dios.

Ya sé que la palabra de la consagración es distinta a tu palabra. Ante aquélla el mismo Dios obedece. Pero si Dios quiso poner esta eficacia en tu palabra de consagración, si tú eres según su voluntad, ¿no podría ser tu oración más eficaz y tu petición más certera...? ¿No ves que al decir tú: “Esto es mi Cuerpo”, “Esta es mi Sangre”, toda la Trinidad se te da? ¿Por qué no te haces tan Jesús, que siempre que tú mandes el Cielo obedezca?

Si así fuera, tú que lees esto, sacerdote de Cristo, tú solo, ¿no serías con Cristo salvación del género humano? Si en verdad puedes decir: “Esto es mi Cuerpo”, “Esta es mi Sangre”, ¿qué habrá que tú no puedas decir, sacerdote de Cristo?

¡Oh, ahora comprendo por qué yo no puedo ser sacerdote! Tal vez si yo hubiera sido sacerdote, en el Momento de la Consagración, al recibir esta luz que hoy he tenido, hubiera muerto. Por eso, tal vez, Dios no me hizo sacerdote.

Encuentro en mí una terrible imposibilidad, después de conocer el gran misterio de la consagración, para ser sacerdote. Por eso ya no puedo decirte: ¡Si yo fuera sacerdote...! Porque veo que, desde hoy, hay en mí una imposibilidad proporcionada por el conocimiento terrible de la dignidad del sacerdote. Pero a ti, sacerdote de Cristo, hijo de mi *alma-Iglesia*, yo, con María Inmacu-

lada, la Madre de los sacerdotes, te digo: Vive tu sacerdocio, actúate en tu Gran Momento, da gracias por este privilegio inexpresable, inexplicable, incomprensible e inimaginable del sacerdocio.

Sacerdote de Cristo, ¡te veo tan pequeño ante la Trinidad...! Y yo te venero, y te pido que implores por mí ante la misma Trinidad. Tan fuerte ha sido el conocimiento que he tenido hoy, que ya en mi oración de hija pequeña de la Iglesia siempre iré poniendo tu alma de sacerdote delante para que el Padre me dé la divina Palabra. Eres tú, mi pequeño sacerdote, el que tienes que darme a mí al Verbo de la Vida.

¡Ay sacerdote, sacerdote...!, procura ser pequeño para presentarte ante el Padre, agarrado, apoyado y fundido con el Eterno Sacerdote. Y así, confiado, di tu palabra de consagración y responde al Don que se es Dios para tu alma en ese instante; responde incondicionalmente, date sin reservas. Anda, en silencio, adora, dile que sí y date a Él tú también como hostia con tu Hostia, para que se obre en ti a manera de una transustanciación, y seas Cristo para gloria de Dios y salvación de las almas.

Sacerdote... Mediador... ¡Estás en el Gran Momento de tu vida! ¡Estás entre el Cielo y la tierra transustanciando tu hostia! ¡Ejerce tu sacerdocio...! ¡Sé puente propicio entre Dios y los hombres! Y que tu oración sea tan grata, tan acepta ante Dios, que no haya gracia, ni don, ni deseo que, ante ti, quede sin cumplirse.



Que seas tú por tu sacerdocio el que atrapes al Amor divino y el que te presentes a Él en nombre de todos tus hermanos para que, por tu medio, todos reciban la salud que por tí Dios quiere comunicar, a través de este Gran Momento, a todos los hombres.

Mira, sacerdote de Cristo, como ya te he dicho: a tu palabra el seno del Padre se abre ante la sorpresa también de todos los bienaventurados, y Dios se hace Pan. Y tú ¿qué dices?, ¿qué respondes a esta donación del Amor a tu mandato? ¿Qué le retornas tú al Don infinito que es Dios ante tí? ¿Cómo correspondes a este Don que se te da tan incondicionalmente? ¿Cuál es tu don ante el Don de Dios hecho Hombre, de Dios hecho Pan por tu palabra? ¿Qué palabra eres tú para Él? ¿Qué le dices? ¿Cómo te das?

¡Ay, sacerdote de Cristo, si yo hubiera sido sacerdote y en algún momento hubiera podido vivir este Gran Momento que tú ahora vives...! Ya sé que no hay don para tal don; pero mira qué respuesta tiene la Trinidad a tu palabra... ¿Cómo respondes tú a la suya cuando te pide toda tu alma en don para su Don?

Tal vez algún día pudiste hacer algo rutinario de este Gran Momento. Y, ¿no lloras toda tu vida? ¿Crees que es un momento más que ya pasó? ¿No sabes que cada uno de los momentos de tu Misa, y en particular éste de la consagración, serán los que se presenten ante tí en el día del Juicio?

Ya sé que, si yo hubiera sido sacerdote, lo

hubiera hecho como tú tal vez, y aún peor. Pero quizá por no tener esa gran suerte, ni haber recibido esta gracia inmensa, aprecio más este don del sacerdocio que el Amor tan gratuitamente dio a tu alma.

Pero mira, aunque te veas pequeño y sientas miedo, aunque no sepas cómo obrar con tu Hostia, ni cómo responder a tan gran Don, aunque sólo deseos de llorar sientas ante mi canto a este Gran Momento, no desconfíes, porque de los pequeños es el Reino de los Cielos. Arrójate en brazos del Amor, ya que, aunque tengas la gran dignidad de ser sacerdote, eres criatura y pequeño.

Por eso, confía en el amor del Bueno que te hizo sacerdote, no para condenarte, sino para confiarte su secreto, para que fueras Él por transformación, para que te arrojaras en sus brazos y, ante el gran misterio de esta predilección para con tu alma y la impotencia de corresponder a tan gran regalo, te arrojaras como el pequeñuelo en el regazo de su padre, y allí lloraras de agradecimiento y amor, por la gracia incomprensible de tu sacerdocio, y pudieras acercarte al altar de Dios con gozo y alegría, ofreciéndote y ofreciendo en el *Per Ipsum* a la Santidad infinita; y apoyado en esa misma Santidad, des a Dios, “por Él, con Él y en Él”, “todo honor y gloria”.

Si eres pequeño, no tienes que tener miedo. Y si eres *grandote*, urge que te hagas pequeño, ya que si eres inconsciente del gran momento

de tu Misa, al ser pequeño, le corresponde a tu Padre Dios cuidar de ti y prepararte para ese gran momento.

Pero si eres sacerdote y ni siquiera eres pequeño, y te llegas al altar de Dios inconsciente, sin prepararte, ¡después de tantas misas! ¿qué harás el día del Juicio? Porque a los pequeños los juzgarán en el amor; pero si a ti te tienen que juzgar por tus acciones...

Procura ser pequeño, y si esto consigues, no te preocupes más, ya que los pequeños todo lo confían en el amor de sus padres.

Ha pasado el Gran Momento de la Consagración y, con él, el gran momento de tu vida. Pero aún te quedan, dentro de la Misa, otros grandes momentos que tú tienes que poner por obra.

¡También aquí siento verdadera envidia! Ya sabes tú, sacerdote de Cristo, hijo mío y padre de mi alma, que mi única alegría consiste en darle gloria a Dios. Por eso, ¿me dejas que, contigo, unida a tu Misa, yo, en tu *Per Ipsum*, dé gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo? Pues, aunque no puedo ser sacerdote, Dios me hizo virgen sacerdotal, madre-Iglesia, y necesito, con todas mis almas hijas, darle a Dios todo honor y gloria, unida a ti, sacerdote de Cristo.

Es el momento del cántico glorioso de la Misa,

es el momento de dar gloria a Dios; y tú, “por Él, con Él y en Él”, le das todo honor y gloria.

Déjame que, unida contigo, yo también le dé a mi Dios todo honor y gloria. Ya sé que en mi Misa yo lo hago; pero, después de haber conocido la dignidad terrible de tu sacerdocio, necesito celebrar mi Misa respaldada por ti y unida a ti. Y al verme tan pequeña y con esta necesidad tan terrible, tan urgente y tan casi infinita de dar gloria a mis Tres, yo imploro tu favor para llenar esta necesidad que me anega el alma.

Es ahora cuando puedes dar a Dios la gloria que Él espera de tu alma de sacerdote, ¿cómo respondes?

Es necesario que tú te alegres en la gloria infinita del Amador eterno, respondiendo a su Don con tu alegría ante su gozo. Gózate en que Él es feliz, alégrate en que Él es dichoso, y entonces toda tu alma, como en un júbilo de triunfo, romperá con el Sacerdote Eterno, “por Él, con Él y en Él”, dando a Dios todo honor, alabanza y gloria.

Es el momento de corresponder al Amor dándole gloria por su inmensa Majestad. Dile ahora lo que tal vez en el Momento de la Consagración, por ser tan terrible instante, no supiste. Dile cómo todo tú quieres ser una alabanza de su gloria, una respuesta a su Don. Vive este instante de la glorificación de Dios con la máxima intensidad que puedas, gozándote en que Dios sea Dios. Olvídate de ti y alégrate con

los bienaventurados en el contento de Dios, dándole todo honor y gloria en agradecimiento de que Él sea quien es. Haz un acto de amor puro, que se goza por ser Dios, quien es. Ámale por Él, en Él, sin ti, para que Él sea glorificado. No dejes pasar este momento sin dar a Dios la gloria que Él de ti esperaba desde toda la eternidad, y permíteme que yo me asocie a ti, para desahogar esta necesidad inmensa que me abrasa de dar gloria a Dios.

Y así, con el alma llena de agradecimiento, de anonadación y de júbilo, entona el Padrenuestro, preparándote para el terrible instante de la consumación del Sacrificio.

Invoca al Padre que está en los Cielos, con todo el amor de tu alma siendo pequeño; pide perdón de todas tus miserias y perdona a cuantos te ofendieron. Y así, ardiendo en el amor divino, bajo tu indignidad, recibe ese Pan de Vida que desde toda la eternidad, amándote con predilección infinita, te escogió para que tú mismo pudieras comerte la Hostia que, como sacerdote, consagraras.

El Verbo de la Vida palpita en necesidad terrible de entrar en ti, de introducirse en tu alma. Y tú ¿estás inconsciente e inactivo...? ¡Mira que es el Verbo de la Vida, aquel que tú sacaste del seno de la Trinidad en el Gran Momento de la

Consagración, el que está esperando para que tú te lo comas y así sea consumado el Sacrificio del Altar, reproducción viva de aquel Sacrificio cruento de la Cruz!

La Misa va a terminar y Dios está esperando también ahora. ¡Está pendiente de que tú te comas tu Hostia para consumir el Sacrificio! Eres tú, sacerdote del Nuevo Testamento, el que diste comienzo a este gran acto, y el que tienes que coronarlo.

En verdad puedes decir con Cristo: “Todo está consumado”. “He terminado la obra que me encomendaste”. Ahora, Padre Eterno, si quieres, puedes llevarme a ti. “En tus manos encomiendo mi espíritu”. Dispón de tu siervo según tu voluntad, y ante mi indignidad, anonadado y prostrado por tu infinita excelsitud, adoro y te pido que tengas piedad de mi miseria, y que, apoyado en tu seno, me lleves a ti cuando te plazca recoger el alma de tu siervo. Con mi Misa “todo está consumado”.

Por eso, cada día, al comulgar, pon tu espíritu en manos de Dios, ya que la Víctima Inmaculada ha sido inmolada por ti y tú debes ser consumado en Él y por Él.

Ahora, sacerdote de Cristo, ¿cómo has de responder al Amor? ¿Qué has de decir a la Víctima infinita que en tu pecho se oculta? ¿Cómo ha de ser tu respuesta a la terminación del Sacrificio?

Me creo demasiado pequeña para decirte lo que has de hacer. Después de todo lo expresado,

mi alma está en expectación, venerándote, en acción de gracias. Y al venerarte a ti, mi veneración es doble, porque en ti y a través tuya, por ti, por ser tú sacerdote, yo puedo adorar al Dios hecho Hombre, al Dios hecho Pan, en tu alma.

Date incondicionalmente al Amor, ámale como nunca le amaste. Sea tu Misa cada día el principio y el final de tu vida. No hagas rutina de este terrible Momento que el Inmenso te regala cada día para su glorificación, santificación tuya y de todas las almas.

Pero anda, sacerdote de Cristo, con tu Hostia dentro de ti, prepara la Hostia que para mí consagraste; que yo también quiero consumir mi sacrificio comiéndome a mi Víctima. Y, aunque tengas ganas de decirle muchas cosas al Amor, piensa que mi alma enamorada espera que tú me des ese Pan de Vida. Yo también he celebrado contigo mi Misa, ya que, por ser tan pequeña, no pude tener la dignidad de ser sacerdote. Yo también soy madre sacerdotal que espero, como María en el Cenáculo, la comunión de manos de los Apóstoles.

Toda la Misa ha sido para ti en un coloquio de amor. Primero de entrega, después de misterio y donación por parte de Dios y tu alma; has dado a Dios la gloria que tu alma necesitaba, y, por fin, te comiste tu Hostia. Y ahora anda, no tardes,

dame a mí la mía, ¡la que tú consagraste para mí por ser sacerdote!, esa Hostia que fue transubstanciada para que yo, por tu medio, pudiera también comulgar a Dios. Anda, no tardes, dame mi Hostia con todo el cuidado, respeto y amor que Dios exige de ti al repartirla.

¡Ya ves que tú eres el que mandas...! ¡A ver qué haces con tu Hostia y con la mía...! Yo necesito comer a Dios para consumir mi sacrificio, y estoy esperando que tu mano de padre y pastor lo deposite en mi boca. Eres tú quien me da la Vida divina en mi Hostia, quien me hace feliz.

¡Ay sacerdote del Nuevo Testamento! Si hubiera caído sobre mí la gracia de ser sacerdote, en este día de hoy ¡cómo hubiera celebrado mi Misa...!

Tal vez una sola hubiera podido celebrar en mi vida, ante el conocimiento terrible que he tenido del Gran Misterio de la Consagración.

Por eso te pido que escuches este pobre canto que esta indigna hija de la Iglesia entona a tu alma: responde al Amor con tu don total. No te mires. Procura vivir de Cristo, y ser pequeño para que te juzguen en el amor.